

car; la fastuosidad de sus entrevistas con el Papa, el Emperador, Reyes y Príncipes, aliados o rivales. Los clérigos de palacio se hacen lenguas de la piedad del «Rey Cristianísimo», enemigo de la reforma luterana que se expande por los Estados vecinos: ¡todavía quedan cenizas de las catorce hogueras de Meaux, en las que fueron quemados otros tantos herejes! Los guerreros alaban el ímpetu y la sed de aventuras de su rey muerto, jinete consumado y tirador excelente otrora; ¡Y aquel alarde estratégico de Marignano—¡dos días de batalla!— por cuya victoria fué Francisco armado caballero por el sin igual Bayardo? Los humanistas, arquitectos, escultores y pintores, derraman lágrimas de sincero dolor. ¡Ha muerto *le roi artiste!* El fundó el «*Collège de France*». Rabelais sabe lo que pierde con la pérdida del rey. En sus brazos había muerto veinte años antes el gran Leonardo, a quien Francisco I llevara a su Corte, pagando una suma fabulosa por el retrato de Monna Lisa que ahora—escribe Vasari, precisamente en este año 1547—está en el castillo de Fontainebleau. ¡Si hasta quiso comprarle el Cenáculo de Milán, idea que hubo de abandonar por impracticable, pues habrían tenido que trasladar todo el muro! ¡Con qué generoso mecenazgo protegió a todos: a Rafael, al Tiziano, a Andrea del Sarto, a Benvenuto, a los dos Clouet...! Hasta al mismo pueblo francés, la noticia del óbito de su Rey le conmueve con justo dolor. ¡Era tan simpático, tan noble, tan generoso...! «¡Tan guapo, tan esbelto, tan moreno, tan sonriente!», exclaman las mujeres.

¡Ay! Pero la Historia, matrona severa e imparcial, dirá luego algo más—y no tan favorable—, cuando los fúnebres hachones se apaguen, y las cenizas reposen en la tumba eterna, y el juicio de los hombres, serenado por la perspectiva del tiempo, se sobreponga a estas horas de dolor.

Dirá la Historia a los cortesanos que las esplendideces de su rey llevaron a Francia a la ruina; y a los clérigos palaciegos, que el «Cristianísimo» Francisco I coqueteó con la Reforma y se alió con el turco, por despecho y por odio a su rival el Emperador; y a los caballeros militares, que faltó a su palabra después de Pavía y Madrid y no recogió el reto que antes atrevidamente lanzara; y a los artistas...

No: la verdad histórica proclama que el aspecto más digno de elogio de Francisco I de Francia, cuyo cuarto centenario conmemoramos en estos días, es su desmedida protección a los hombres de arte y de letras, como típico representante del Renacimiento.

BATALLA DE MÜHLBERG



MOCENIGO, el Embajador veneciano, nos refiere la siguiente escena:

Cabalga el César por los campos de Mühlberg. Sobre la férrea armadura ciñe la insignia borgoñona, tal como lo retrata el Tiziano en su cuadro de pinacoteca del Prado. De pronto, sus ojos se asombran enfurecidos ante el hallazgo: un Crucifijo,